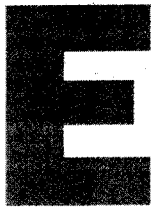


# ¿Hacia una civilización del ocio?

JUAN DÍEZ NICOLÁS / UCM Y ASEP



En plena década del desarrollo, la de los años 60, cuando los españoles estaban mayoritariamente pluriempleados para pagar las letras del 600 y los primeros electrodomésticos, la sociología académica anunciaba la proximidad de la civilización del ocio, una era en la que los individuos de las sociedades más desarrolladas en lugar de preocuparse por no tener tiempo libre tendrían que preocuparse por cómo utilizar el excesivo tiempo libre de que dispondrían. Sebastián de Grazia, Dumazedier y González Seara, entre otros, fueron pioneros en ocuparse de un fenómeno que parecía derivarse de la sociedad de consumo de masas y de los avances tecnológicos que ya por entonces se vislumbraban.

Resulta curioso comprobar que todos los relatos de ficción futurista suelen ofrecer visiones radicalmente diferentes según basen sus extrapolaciones en la cultura material (tecnología) o en la cultura no-material (las distintas instituciones y sistemas de valores que componen la organización social). Así, los relatos de Asimov suelen contemplar una civilización en la que el hombre explotará a las máquinas (los robots) en lugar de a otros seres humanos, de manera que la gente vivirá feliz en un mundo en el que estarán ausentes el hambre y la enfermedad, los problemas sociales... y el trabajo, excepto el trabajo de hacer trabajar a los robots, un mundo en el que el trabajo no será central en la vida humana y en el que el ocio será la actividad más generalizada en la población.

Por el contrario, los relatos que tratan de extrapolar nuestro mundo actual centrando la atención en la cultura no-material (la organización social), suelen presentar una visión menos idílica y bastante más preocupante: más consumo de drogas, más criminalidad, más guerras, saltos atrás al estilo Mad Max, más contaminación ambiental, y sobre todo, mucha más esclavitud laboral para la mayoría, en un mundo superpoblado, en el que son absolutamente evidentes las grandes desigualdades sociales. En mi opinión, nada como la película *Blade Runner* para representar esa visión pesimista del futuro que nos aguarda.

El futuro, sin embargo, se aproxima inexorablemente, de manera que muchos de los pronósticos que se hicieron hace 40 años para el año 2000 son ahora fácilmente contrastables con nuestra realidad presente. Es evidente que el futuro optimista que en aquellos años dibujaron Kahn y Wiener en su conocido libro sobre el año 2000 se parece menos a la realidad actual que el diagnóstico de Meadows sobre *Los Límites al Crecimiento*, que constituyó el primer informe al Club de Roma. Y también se acercaron más las predicciones de Hirsch cuando afirmó que se alcanzarían antes los límites sociales al crecimiento que los límites económicos, e incluso se acercaron más también los resultados de la encuesta internacional co-

ordinada en seis países europeos por Johan Galtung bajo el sugestivo título de *Imágenes sobre el Año 2000*.

El simbólico "Año 2000", que parecía un futuro muy lejano, ha llegado ya hace cinco años. Y lo cierto es que la realidad actual parece haber conjugado muy equilibradamente la visión más optimista basada en el desarrollo tecnológico y la visión más pesimista basada en el cambio de la sociedad. En efecto, la mayoría de los elementos tecnológicos que hoy parecen impresionantes no existían ni hace 40 ni hace 30 años: el ordenador portátil, el teléfono móvil, Internet y el correo electrónico, la tecnología digital para fotos e imágenes, los dvd, las cocinas de vitrocerámica, los *memory sticks*, los hogares "inteligentes" y un etcétera demasado largo. El mundo de los robots que anunciaba Asimov ya está aquí, todavía no está generalizado, pero sabemos que es cuestión de una o dos décadas como mucho para que la robótica haya pasado de las grandes fábricas a los hogares y a nuestra vida cotidiana. La tecnología, como estaba previsto, está reduciendo la importancia y el tiempo del trabajo humano, haciendo las tareas del trabajo y del hogar cada vez más fáciles, y como también se preveía, está provocando un grave problema social de desempleo.

Pero el otro futuro, el pesimista, también parece estar entre nosotros. Efectivamente, cada vez hay más gente por todas partes. En sólo 40 años la población del mundo se ha más que triplicado (desde dos mil millones en 1960 a más de seis mil millones en la actualidad), lo que hace que todo se haya masificado: los centros de enseñanza de cualquier nivel, las playas, las estaciones de esquí, las consultas de los médicos, el transporte de cualquier tipo, los conciertos al aire libre, los encierros de toros, de manera que al generalizar el acceso a todos estos servicios se ha producido un deterioro de la calidad, y por tanto, nos acercamos peligrosamente a esos límites sociales de los que hablaba Hirsch. La calidad de vida media para el conjunto de las poblaciones ha mejorado, pero a costa de empeorar la calidad media de los servicios que se reciben. Es cierto que hoy viajan en avión muchas más personas que nunca, pero también es cierto que el viaje en avión tiene ahora mucha menos calidad, para todos, que la que



En nuestra sociedad, "la calidad cede paso a la cantidad".

tenía antes. La calidad cede el paso a la cantidad. Este asalto de "los que no tenían" provoca un deterioro de la calidad de vida de "los que han tenido" desde siempre, lo que conduce a que estos últimos aprovechen sus posiciones de poder para defender sus privilegios, incrementando así las desigualdades sociales, y fomentando la aparición de un número creciente de conflictos sociales como la delincuencia e inseguridad en las ciudades, la generalización creciente del consumo de drogas, la corrupción, el desempleo y sobre todo el incremento del empleo basura y temporal, el incremento de bolsas de marginados sociales, las migraciones, y en definitiva otra interminable lista de problemas sociales que el lector puede completar a su antojo.

## El trabajo

El trabajo ha dejado de ser, aparentemente, el eje central de la vida en nuestra sociedad actual, como cualquier análisis comparado del contenido de los medios de comunicación de ahora con los de hace 30 ó 40 años demuestra. Para empezar, solo el 40% de la población española mayor de 18 años tiene empleo. El 60% restante está compuesto de jóvenes entre 18 y 30 años, mayores, parados, incapacitados y, todavía, mujeres que trabajan en el hogar de forma no remunerada. Pero entre los que tienen empleo, una proporción importante tiene empleos temporales y con baja remuneración. Por tanto, se ha cumplido parte del pronóstico, cada vez hay menos personas que trabajan, pero esas que no trabajan no están en el ocio lúdico, sino que están subsistiendo como pueden con pensiones de jubilación significativamente inferiores al salario real que tenían cuando trabajaban, con subsidios de paro que tampoco equivalen al salario que tendrían si estuvieran trabajando, o con ayudas familiares (en el caso de los jóvenes) que les mantienen como dependientes en el hogar hasta los 30 años. Si en la década de los 60 la mayoría de los hombres (aunque solo una pequeña proporción de mujeres) obtenía su primer trabajo alrededor de los 20 años y se jubilaba a los 65, pero tenía una esperanza de vida de 60 años, puede esti-

marse que trabajaba 45 años en una vida de 60, y solo una pequeña minoría lograba llegar al ocio que acompañaba al "jubileo". En la actualidad, el primer trabajo se obtiene alrededor de los 30 años, y entre los 55 y 64 años sólo uno de cada dos hombres (menos aún en el caso de las mujeres) tiene trabajo, pues el otro está ya prejubilado o en el paro de larga duración. En el mejor de los casos, la mayoría de estos españoles habrán trabajado 30 años de un total de 80, que es la esperanza de vida en la actualidad, lo que supone una fuerte carga de solidaridad para los que tienen empleo, ya que 50 de esos 80 años de vida los españoles tendrán que ser sostenidos (subsidiados) por otros, sea la familia o el Estado (es decir, los trabajadores que cotizan a la Seguridad Social).

La sustitución del trabajo por el ocio que se preconizaba en los 70 ha sufrido alguna modificación sustancial. Por ejemplo, ahora los dos miembros de una pareja tienen que trabajar para obtener un ingreso a veces inferior al que antes obtenía solo uno. Tener trabajo se ha convertido casi en un privilegio de minorías. Y estar sin trabajo no implica necesariamente disfrutar del ocio. Más bien puede afirmarse que son precisamente los que tienen empleo los que pueden realmente disfrutar del ocio, y con ellos sus familiares que no tengan empleo (mayoritariamente hijos y cónyuges), e incluso en este caso solo si los ingresos del que tenga empleo son suficientes para permitirlo.

Por ello, los políticos deberían ocuparse más de adaptar la sociedad a su población que intentar adaptar la población a la sociedad promoviendo el aumento de la natalidad o de la inmigración para rejuvenecer la población. Si se quiere una población más joven la única forma realmente eficaz y plausible sería el incremento de la mortalidad, pero no parece que ningún partido haya incluido o piense incluir ese asunto en su agenda inmediata. Y si se quiere proporcionar trabajo a los jóvenes no parece que la mejor manera sea la de quitárselo a los mayores. La sociedad del ocio, lamentablemente, solo lo será para una minoría.

## EL MUNDO DE ROBOTS QUE ANUNCIABA ASIMOV YA ESTÁ AQUÍ



José Luis Díez Nicolás examina las consecuencias del avance tecnológico en la sociedad.